



«REBOSANTE DE MAGIA», LEIGH BARDUGO,
AUTORA DE *SOMBRA Y HUESO*

CASSANDRA CLARE

EL CABALLERO MUERTE



CROSS
BOOKS

CASSANDRA



CLARE



EL CABALLERO MUERTE

Capítulo uno



En el Hayloft, Kel y Conor estaban practicando con las espadas.

Hacía tiempo que no tenían ocasión de entrenar y ambos estaban un poco oxidados. Aun así, los movimientos regresaban, como siempre. Los músculos tenían su propia memoria, solía decir Jolivet. Kel había empezado la mañana sintiéndose rígido, con el cuerpo medio dormido y las articulaciones protestando por los estiramientos. Pero, en ese momento, tras una hora de ejercicio en el mismo lugar donde habían entrenado desde que eran niños, se sentía flexible, con los músculos rápidos y en forma.

La hoja de su espada roma golpeó la de Conor con un tintineo metálico. Kel aprovechó su ventaja, pero, esta vez, Conor se apartó de un salto y subió a una de las balas de paja que, desperdigadas por la sala, servían para crear desniveles para la práctica. Alzó la mano izquierda, pidiendo un receso.

Kel dejó caer el brazo que sostenía la espada y rotó los hombros para aliviar la tensión.

Conor se pasó una mano por el pelo oscuro y sudoroso, con el ceño fruncido.

—Tenemos que practicar más a menudo —dijo—. Apenas recuerdo lo que tengo que hacer con la espada. Me he pasado demasiadas madrugadas en mi escritorio, sin ejercitar otra

cosa que la mano derecha. Me he vuelto un flan después de tantos meses inactivo, Kellian.

—Yo no diría un flan —objetó Kel.

Conor estaba tan esbelto y en forma como siempre. A pesar de estar muy ocupado, seguía nadando y montando su caballo, Asti, casi a diario. Además, ¿no había estado la reina, justo el otro día, preocupándose por lo delgado que estaba? Si tenía algún problema, probablemente se debiera a acostarse muy tarde y a la falta de sueño.

Aunque Kel no sería quien se lo dijera. Conor estaba dispuesto a escuchar de Kel cosas que no toleraría de nadie más, pero el tema de su gran cambio, que había comenzado hacía tres meses, con su nueva y extraña implicación en las tareas reales de gobierno, estaba fuera de cuestión, incluso para su Guardián de Espadas. Kel suponía que todo ese asunto era para él como una especie de penitencia, pero no pasaba de ser una suposición. Tenía que serlo. Conor no quería hablar del tema, y Kel no le presionaba.

—Claro que podemos entrenar más a menudo, si te apetece —le contestó—. Puedes unirme a mis prácticas con Jolivet. Me ofrezco —añadió— para ayudar con todas las actividades que te eviten ser un flan.

Alzó la espada, indicando el fin del receso. Conor rio y saltó desde la bala de heno, mientras lanzaba un golpe lateral con la espada. Kel respondió con un tajo descendente, y las espadas chocaron con el agradable sonido del acero contra el acero. Kel retrocedió ágil, poniéndose a salvo, mientras Conor avanzaba hacia él.

Habían practicado juntos la lucha con espada durante tanto tiempo que conocían sus respectivos estilos. Conor tendía a ser demasiado temerario; Kel, demasiado precavido. Se sentían lo suficiente cómodos para tener una conversación mientras bloqueaban, redoblaban, atacaban y fintaban.

—¿Estás preparado? —preguntó Kel—. Va a ser la primera reunión de la Cámara de la Esfera desde... hace casi cuatro meses.

Había estado a punto de decir «desde antes de la matanza en la Galería Brillante». Aunque Conor estaba dispuesto a ha-

blar del ataque a Palacio y del asesinato de la princesita de Sarthe, no le gustaba que se lo recordaran. Aún tenía pesadillas con lo sucedido, y se despertaba gritando; Kel, que dormía en la misma habitación que el príncipe, se quedaba despierto cuando eso sucedía, tenso y esperando a que la respiración de Conor se normalizara. A que volviera a dormirse.

Bloqueo, respuesta. Conor lo evitó ágilmente echándose hacia atrás, con el rostro inexpresivo.

—Una panda de cobardes —dijo, refiriéndose a los poseedores de los fueros, las once familias más poderosas de Castelana—. La mitad de ellos parecen convencidos de que los asesinarán a todos en cuanto pongan un pie en Marivent. —Lo cierto, pensó Kel, era que la última vez que habían acudido a Marivent para asistir a un banquete casi los habían asesinado a todos—. Por supuesto, no van a admitir que el problema es ese. Dirán que están muy ocupados o que tienen alguna enfermedad rara. Pero Mayesh ha esparcido rumores de que tengo algo importante que anunciar, así que, en esta ocasión, la curiosidad los traerá aquí.

A pesar de los miedos de la aristocracia, Conor se había mantenido firme en su decisión de reinstaurar cuanto antes las reuniones mensuales de la Cámara de la Esfera. Había ido a visitar, uno a uno, a los que se oponían, para hacerles ver que no podían esconderse como ratas, sino que debían presentar un frente unido y firme. Siempre iba a haber espías, sobre todo en ese momento, con Castelana exprimida como una uva en una prensa por las exigencias de Sarthe. Si los espías regresaban a sus países con la información de que la clase dirigente de Castelana estaba aterrorizada, al final sería peor para todos en la ciudad.

—¡Y es todo un anuncio! —exclamó Kel.

Conor intentó un golpe vertical; Kel defendió con un *parry quarte*. Conor lo miró fijamente.

—Estás preocupado —afirmó—. ¿Piensas que no estoy haciendo lo correcto?

—No —contestó Kel—. Pero puede que los nobles sí lo piensen. La última vez que les dijiste que ibas a casarte para resolver los problemas de la nación, la cosa acabó mal.

Mal era una forma suave de decirlo. Mal había sido la matanza de la Galería Brillante, que era la causa de las pesadillas de Conor. Y la razón por la que Kel no solo evitara hacer preguntas, sino de que también guardara secretos. Muchos más secretos de los que nunca habría querido guardar.

—Bueno, la decisión no ha sido solo mía. También de Jolivet y de Mayesh. Y de mi madre. En cuanto a mi padre... Bueno, de ahí no se sacarán respuestas.

De eso no cabía duda. El día posterior a la matanza, el rey había entrado en la Torre Norte. No había vuelto a salir. Le llevaban la comida allí; no salía, no hablaba, no respondía cuando se dirigían a él. Mayesh había dicho que era una especie de trastorno —catatonia, lo había llamado—, y había añadido que, igual que una enfermedad, curaría con el tiempo.

Aun así, el alcance del retiro del rey se había mantenido en secreto. Además de Kel, solo Conor, Mayesh, Jolivet y la reina sabían que no hablaba, que «las órdenes del rey» que salían de la Torre Norte eran, en realidad, las órdenes de Conor, preparadas con el consejo de Mayesh y Jolivet.

—Sí —dijo Kel—, es una vergüenza. Has logrado evitar la guerra con Sarthe todo este tiempo gracias a una diplomacia extraordinaria. —Noches en vela trabajando, cartas cuidadosamente elaboradas, disculpas que no admitían ninguna culpa, acuerdos sin cesiones—. Pero no te lo reconocerán. No las familias.

—Quizá no —dijo Conor—, pero el que tiene experiencia con el chantaje soy yo. —Su sonrisa era como un cuchillo—. A Sarthe no le importa la muerte de la princesa. Le importa el poder que eso le da para realizar sus demandas. Y una vez que un chantajista te tiene en sus garras, no te suelta fácilmente. Sigue volviendo, siempre quiere más, por mucho que le des. Sarthe no se irá un buen día, como hizo Prosper Beck.

Prosper Beck. A veces, a Kel le costaba creer que el criminal con el que una vez había negociado para salvaguardar la seguridad y la cordura de Conor, se hubiera ido de Castelana sin más. En un principio, había sido la existencia de Beck lo que lo había empujado al mundo de las sombras del Rey Trapero. Beck se había presentado como un rival para Andreyen,

y este había empleado a Kel para tratar de averiguar quién de la Colina le estaba financiando las empresas criminales. Beck le había parecido una versión más cruel y peligrosa del propio Rey Trapero, alguien a quien no detenía el peculiar código de honor de Andreyen. Alguien impredecible, capaz de cualquier cosa.

Conor seguía hablando de Sarthe; Kel se obligó a volver al presente.

—Lo único que detendrá a los sarthianos es que le demos-
tremos que somos demasiado fuertes para que nos acosen. Si
nos aseguramos dinero y buques de guerra por medio de este
matrimonio, Sarthe se dará cuenta de que es demasiado peli-
groso intentar chuparnos la sangre. —Los ojos grises le relam-
paguearon—. Lo que me recuerda, hablando de matrimonio,
que Artal Gremont debe de estar al llegar. Así que tendre-
mos que prepararnos para lo que, seguramente, será una in-
terminable muestra de triunfo por parte de lady Alleyne
mientras prepara la boda de su hija.

Kel intentó bloquear el ataque de Conor, pero reaccionó
un segundo tarde, y Conor le dio un toque con la punta de la
espada como diciendo «céntrate».

—Pues sí —contestó Kel, seco—, esto será la culminación
de sus planes para Antonetta. Me pregunto en qué ocupará su
tiempo cuando se haya secado la tinta del certificado de matri-
monio.

—Supongo que hará todo lo posible para inmiscuirse en
los asuntos del fuero del té de Gremont además de los del
suyo —dijo Conor—. Tendré que vigilarlos a ambos. Tanto
poder concentrado en una sola familia suele resultar proble-
mático. Al menos, Antonetta no es ambiciosa —añadió—,
aunque puede que su madre la empuje a causar problemas.

«No es ambiciosa». Eso era lo que todo el mundo pensaba
de Antonetta; solo Kel sabía que se equivocaban. La recordó
diciéndole que quería controlar el fuero de la seda, y en otra
oportunidad le había contado que a su madre no le parecía correcto
que una mujer soltera controlara un fuero. Pero si se casaba
con Gremont, cada uno de ellos controlaría su fuero por su
cuenta hasta que llegara el momento de que una nueva gene-

ración los heredara. Que estuviera dispuesta a casarse con un patán como Gremont para controlar el fuero más valioso de Castelana decía bastante de su ambición.

—Pero, claro —añadió Conor; la punta de su espada surgió por debajo de la de Kel y le rozó ligeramente el hombro. Kel se quedó inmóvil, reconociendo que había perdido el punto—, a menudo recuerdo lo que dijo el viejo Gremont antes de morir. Nadie es realmente de fiar.

Kel casi cerró los ojos al recordar las palabras del anciano. Había estado allí cuando Gremont falleció, el único a su lado mientras atravesaba la puerta gris, y este ni siquiera lo había reconocido. Había creído que era Conor.

«No confiéis en nadie —había dicho—. Ni madre, ni consejero, ni amigo. No confiéis en nadie de la Colina. Solo en vuestros propios ojos y oídos, porque, de lo contrario, la Serpiente Gris vendrá a por vos también».

Las palabras iban dirigidas a Conor. Fue el consejo que Kel le había transmitido, en los terribles días que siguieron a la matanza, en los que Conor no dormía y se dedicaba a ir de arriba abajo en sus aposentos. Cuando Kel le pasó el mensaje, Conor había esbozado un amago de sonrisa.

—Un consejo bastante bueno —había dicho—, pero ya lo conocía. No confío en nadie, solo en ti, pero, claro, tú eres mis ojos y mis oídos, ¿no? No mi consejero, o mi amigo, ni siquiera mi hermano. Eres, más bien, una parte de mí. Y ahora voy a necesitarte aún más. No solo para protegerme, también para observar y escuchar. Para que me cuentes lo que ves y lo que oyes.

Y Kel no había dicho nada. No podía decirle a Conor que también le estaba mintiendo, aunque fuera por su propio bien. No pudo decírselo en aquel momento. Ni tampoco en este. Guardó silencio y fue prudente, intentando convencerse de que todo era por el bien de Conor. Que Conor sabría la verdad algún día y le perdonaría su traición.

—Ah, qué bien que estés aquí —dijo Antonetta Alleyne, luchando por incorporarse entre la enorme montaña de cojines

que llenaban su elegante cama dorada—. ¿Alguien, aparte de Magali, te ha visto entrar?

Lin Caster negó con la cabeza. Había tenido una breve re-friega con Magali, la sirvienta, en el vestíbulo principal; esta se había empeñado en cogerle el abrigo y el zurrón, y Lin se había negado a soltarlos. Había tenido lugar un forcejeo silencioso bajo la atenta mirada de lo que a Lin le habían parecido, al menos, dos docenas de retratos de los antepasados Alleyne.

Lin aún no había logrado acostumbrarse al interior de la Casa Alleyne. No era grandiosa y vacía, como había sido en su día la Casa Roverge, sino que estaba atiborrada de cosas: pinturas de paisajes, enormes centros de mesa de plata desbordados de flores de seda, relojes dorados y bustos de mármol de antiguos poetas y dramaturgos. Cada centímetro de mobiliario que podía ser dorado, lo era, y si no podía, estaba recubierto de lazos blancos, como una novia virginal.

La doncella, finalmente, había desistido de hacerse con las pertenencias de Lin y la había conducido por una escalera dorada hasta un largo pasillo alfombrado con seda anudada. Mientras Lin subía por la escalera, había pasado ante una docena de espejos enmarcados en plata, que le devolvían su reflejo; el pelo rojo peinado en apretadas trenzas a ambos lados de la cabeza, el sencillo vestido gris de ashkar, el gastado zurrón de cuero en las manos. Ella era, con toda seguridad, lo más sencillo y menos adornado de toda la casa.

No pudo evitar recordar la primera vez que Antonetta la había hecho llamar. Le había sorprendido recibir la petición, dado el altísimo estatus de la familia Alleyne, pero Antonetta se había mostrado firme; deseaba que Lin la visitara semanalmente, con absoluta discreción, y las visitas debían ser a una hora y día concretos. No había dicho por qué, pero hablando con Kel en la Mansión Negra, Lin supo que era el horario de la partida de cartas semanal de lady Alleyne con las damas de la Colina, lo que significaba que, probablemente, la madre de Antonetta no estaría en casa.

A Lin le había gustado Antonetta desde su primer encuentro, lo que no era de extrañar, pues Antonetta la había colado en Palacio bajo la atenta vigilancia de la Guardia del Castillo,

y durante sus reuniones semanales ese aprecio había ido a más.

Antonetta era amable, aunque algo dispersa. A Lin le parecía como una gacela en medio de los lobos de la Colina. En realidad, no tenía mucha necesidad de cuidados médicos. Normalmente, pasaban un par de horas juntas, charlando y tomando uno de los tés medicinales de Lin. En opinión de esta, Antonetta le pagaba por su compañía, no por sus servicios como médica.

En esta ocasión, encontró a Antonetta medio perdida entre una avalancha de telas; sedas y satenes de todos los colores del arcoíris colgaban de los percheros y hasta de las barras de las cortinas. Había papeles por todas partes: menús, invitaciones, listas de cosas que hacían falta. La propia Antonetta estaba apoyada contra un montón de almohadones de seda que formaban una especie de barrera entre ella y la cabecera de la cama, tallada con la forma de una bonita rosa dorada de apariencia bastante incómoda.

En todo caso, la habitación de Antonetta tenía una decoración menos recargada que la del resto de la casa. Las paredes estaban pintadas de un rosa pálido, como el interior de una concha marina; las flores de seda seguían desbordándose en los jarrones, y los sofás, de brazos enrollados, que estaban tapizados con telas que mostraban pastorcillas y caseríos. Aun así, había menos flores de seda y ningún busto de mármol.

Antonetta despidió a la sirvienta con un breve «Déjanos, Magali», y le hizo un gesto a Lin para que cerrara la puerta con llave antes de acercarse a la cama. El pelo de Antonetta, suelto, era una cascada de rizos dorados casi del mismo color que las sábanas de seda. Llevaba una bata azul pálido con encaje en las mangas, y su expresión era pesadosa.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza que provoca plañear una fiesta de compromiso que desearías que no se celebrara? —preguntó.

Lin se sentó en la cama a los pies de Antonetta y empezó a buscar dentro de su zurrón un extracto de corteza de sauce. No pudo evitar sonreír al ver el título del libro encuadernado

en cuero que yacía a su lado sobre el cobertor: *El frío corazón del rey solitario*.

—¿Sigue siendo la semana próxima? —preguntó Lin, compasiva—. Parece que está llegando muy rápido. Y él ni siquiera ha desembarcado aún en Castelana, ¿no?

—Su barco atraca en cinco días —respondió Antonetta sin entusiasmo. Miró a Lin esperanzada—. Quizá podría contraer una enfermedad misteriosa, algo que me impida verlo. Al menos, durante un mes o dos.

Lin entregó a Antonetta el pequeño saquito de tintura de corteza de sauce.

—Eso solo retrasaría las cosas —contestó—. Ojalá que... —Dejó la frase inacabada.

Ya sabía que el hombre al que Antonetta estaba comprometida, Artal Gremont, no solo era mucho mayor que ella, sino que tenía una reputación nefasta. Kel había insinuado hechos tan desagradables que la familia Gremont se había visto obligada a enviarlo a tierras extranjeras, y dado el tipo de desmanes que la nobleza de Castelana solía cometer, los de Artal debían de haber sido realmente abominables.

A Lin también le preocupaba lo resignada que Antonetta parecía ante la situación. Era algo que su madre había planeado; Antonetta no tenía ni voz ni voto, e insistía en que no había nada que pudiera hacer para que su madre cambiara de opinión. Lin sabía que lo que Antonetta habría deseado era permanecer soltera y hacerse cargo del fuero de la seda, igual que había hecho su madre. Pero, por lo visto, *Liorada Alleyne* no confiaba en su hija. Le había dicho que, a menos que accediera a casarse y continuar con el linaje de los Alleyne, dejaría el fuero y todo el poder que este conllevaba a un primo lejano, y la desheredaría completamente. Así que las esperanzas de Antonetta parecían centrarse en la posibilidad de que Gremont estuviera tan poco entusiasmado como ella con ese matrimonio y la dejara en paz, permitiéndole vivir la vida de una rica dama de la Colina sin demasiadas interferencias.

—Espero que ya tenga una amante, o se haga pronto con una —dijo Antonetta—. Si estuviera muy unido a ella, apenas me molestaría a mí. —Miró a Lin—. ¿Crees que es posible?

—Desgraciadamente, no tengo experiencia en convencer al propio marido para que tenga una amante —respondió Lin con una sonrisa irónica—. Toma esto y pónitelo bajo la lengua.

—Eres muy exigente —se quejó Antonetta—. Al menos, después de la boda, todavía podré verte. No puedo imaginar qué tipo de hombre no dejaría que su mujer viera a una médica.

—Supongo que el tipo de hombre que planea hacerle daño —aventuró Lin con cautela.

Había tratado a muchas de esas mujeres, de las que aseguraban que sus heridas se debían a su propia torpeza, aunque eran muy conscientes de que Lin sabía la verdad.

Antonetta bufó.

—Gremont no me pondrá la mano encima si quiere quedarse en Castelana —aseguró—. Agredir a una mujer noble está penado con el exilio, aunque el atacante sea su marido.

Ojalá las plebeyas de Castelana tuvieran la misma protección, pensó Lin, pero apartó esa idea. Mejor que estuvieran protegidas algunas mujeres que ninguna.

Con la esperanza de cambiar de tema, Lin señaló el libro que estaba abierto en la cama.

—¿Está bien? —preguntó—. Parece una de esas historias de los cuentacuentos.

—Es sobre el príncipe Conor —indicó Antonetta con una sonrisa de medio lado—. La mayoría de estas historias lo son, ya sabes.

Lin sintió que se ponía roja. Siempre le pasaba cuando alguien mencionaba al príncipe de Castelana; le resultaba muy incómodo. Empezó a rebuscar en su zurrón.

—No lo serán todas.

—Oh, sí —replicó Antonetta—. *Los siete esqueletos de las siete novias del príncipe, El príncipe con el corazón de hielo y la corona de oro, El príncipe vestido de seda y la dama vestida de harapos, Las crueles leyes del príncipe consentido...*

—Esos títulos parecen muy largos —observó Lin.

Antonetta se encogió de hombros.

—A todo el mundo le gusta un príncipe, especialmente cuando está soltero. —Se examinó las uñas de forma perezosa—. Aunque no seguirá así por mucho tiempo.

Lin no pudo evitar alzar la vista al escucharla.

—¿Qué quieres decir?

—Conor se va a comprometer de nuevo —anunció Antonetta, observando atentamente la expresión de Lin—. Todo está organizado. Va a casarse con Anjelica de Kutani.

A Lin le pareció que los oídos le zumbaban. No pudo evitar pensar en la última vez que había visto al príncipe, en su carruaje, fuera del Sault. En las últimas palabras que él le había dicho: «Entonces, estoy condenado a pensar solo en ti. En ti, que me consideras una persona despreciable. Un monstruo vanidoso que no es capaz de dejar de presumir, y con ello, te ha causado pesar».

Lin no había tenido la oportunidad de volver a pensar en esas palabras. Ni mucho menos de decirle que no lo consideraba un monstruo. Aquella noche había ocurrido... la masacre. La matanza en la Galería Brillante. La Gran Traición. Había todo tipo de nombres para el ataque a Marivent de aquella noche, la noche que Lin había proclamado ser la Diosa Renacida y los barcos de Roverge habían ardido en el puerto. Cuando se despertó al día siguiente, había visto banderas negras ondeando en los parapetos de Marivent, había oído las campanas fúnebres sonar por toda la ciudad, y había pensado que, de alguna manera, aquello tenía que ver con ella, con su crimen, con su gran mentira.

«Soy la Diosa Renacida».

Pero, por supuesto, no era así. Mayesh había ido a su casa, con rostro cadavérico, como si hubiera envejecido diez años en una sola noche. La había mirado y le había dicho, con la voz cansada por la tensión: «Un baño de sangre en Palacio. Y ahora esto». Ni siquiera había parecido enfadado. Solo muy cansado.

Ella le había preparado *karak* y le había obligado a contarle lo sucedido: el ataque, la muerte de la princesita de Sarthe, lo que eso significaría para Castelana... Y todo el tiempo había estado reprimiéndose para no preguntar: «¿Le han herido? ¿Está herido? ¿El príncipe está bien?».

No tenía ningún derecho a preguntar. Ni tampoco tenía ningún derecho a estar preocupada por Kel, aunque lo había

estado. Había ocultado las manos bajo la mesa, para que no se viera que estaban temblando, hasta que Mayesh había terminado el relato.

—No podemos permitirnos una guerra —había dicho él, y Lin se había dado cuenta de que no se refería a Castelana, sino a ellos, a los ashkar—. Si Castelana recibe un ataque desde fuera, se creará un fervor por purificar lo que hay dentro. Empezarán a preguntarse: «¿Quiénes son estos ashkar, que habitan entre nosotros, pero no son como nosotros? ¿A quién serán leales?».

—No lo harán. Has hecho mucho, *zai*. Has logrado mucho, incluso en estos últimos veinte años...

Él la había mirado con una expresión dura.

—¿Dices eso como mi nieta Lin o como la Diosa Renacida? Ella tragó saliva.

—Puedo explicártelo...

—No —había negado él—. No sé qué esperas sacar de todo esto, pero no me lo digas. Es mejor que no lo sepa.

Entonces ella se había dado cuenta de que, aunque él y el Maharam se detestaran, estaban de acuerdo en algo: Lin Caster no era la Diosa Renacida, y nada bueno saldría de decir que lo era.

—Lin —llamó Antonetta, ansiosa—, ¿en qué piensas? —Se acercó a ella—. ¿Acaso las noticias sobre Conor... te perturban?

—Una vez traté a un hombre que tenía un punzón clavado en la cabeza —explicó Lin—, no me perturbo fácilmente.

—Bien, porque me gustaría pedirte algo desagradable...

—¿Cómo de desagradable?

—Me gustaría pedirte que vengas a mi fiesta de compromiso...

—¡Oh, no! —exclamó Lin, apartándose—. No más fiestas en la Colina. La última...

—He oído que bailaste muy bien —comentó Antonetta. Lin la miró molesta, pero la expresión de Antonetta era de sorpresa e inocencia—. Necesito a alguien allí que sea comprensivo, Lin. Por favor. Alguien que esté de mi lado.

—¿Qué hay de Kellian? —preguntó Lin—. ¿No asistirá?

Fue el turno de Antonetta de apartar la mirada.

—Bueno, sí, pero estará pendiente del príncipe. A Conor le gusta tener a sus amigos alrededor en todas las fiestas.

«Por supuesto», pensó Lin. Conor estaría en la fiesta de compromiso. Una pequeña parte de ella se encogió ante la idea de verlo, pero una parte más grande le susurró: «Ve, ve y enfréntate a él. Pronto te enfrentarás al Exilarca y al Sanhedrin. No debes estar pensando en el príncipe de Castelana cuando lo hagas. Lo verás por última vez y acabarás con ese asunto».

—Por favor —insistió Antonetta—. Te prestaré cualquiera de mis vestidos. El que quieras. Estarás absolutamente deslumbrante.

«Y será más fácil acabar con todo este asunto del príncipe si llevas como armadura un espectacular vestido», pensó Lin.

—Bueno, si de verdad me necesitas, Ana —dijo con sonrisa reacia—, claro que iré.

«Todo lo que es bueno proviene de los dioses. Todo lo que es malo proviene de los hombres».

Kel no pudo evitar observar las palabras que, formadas por teselas doradas, destacaban en el interior del techo abovedado de la Cámara de la Esfera. Parecían cargadas de un siniestro significado que no habían tenido tres meses atrás, la última vez que los titulares de los Grandes Fueros de Castelana se habían reunido en ese lugar.

No estaba totalmente seguro de por qué, pero, al final, el anuncio de Conor había ido bastante mejor de lo que Kel había esperado. En un primer momento, se habían alzado voces de protesta después de que Conor anunciara su compromiso. Kel pudo oír retazos de conversaciones; alguna objeción: «Para empezar, ya fue un matrimonio lo que nos llevó a esto», y quejas por no haber sido consultados. Conor permaneció sentado pacientemente (la paciencia, como un abrigo nuevo, le caía de una forma extraña sobre los hombros) hasta que el ruido cesó, y entonces habló.

—Nuestro nuevo socio conoce la situación con Sarthe. Ha

ofrecido una dote de cien mil coronas y el uso de su flota en caso de guerra. Tiene diez mil buques de guerra. Sarthe no posee ninguno; para conseguir alguno deberá rogar, pedirlos prestados, o robarlos, y si decide hacer algo de esto, encontrará nuestro puerto lleno de barcos listos para mandarlos al infierno.

Entrecerró los ojos hasta que parecieron dos hendiduras plateadas, y Kel no pudo evitar pensar en todo el cuidado que había puesto en la preparación de esa situación. Noches insomnes decidiendo si esa era la opción correcta. Consultas con Mayesh, horas encerrado en la Torre Norte con el consejero, el legado y aquellos mapas, infinitos mapas marcados con tachuelas. Cada una, un ejército. Y por cada tachuela de Castelana, había diez de Sarthe.

Al final, no había cabido ninguna duda.

Cazalet fue quien habló primero. Como debía ser, pensó Kel; las otras familias tomaban ejemplo de él.

—Una decisión admirable —dijo—, y tomada, sin duda, pensando en el beneficio de Castelana.

Si se había estado fraguando alguna protesta, esta no llegó a cuajar. Ciprian Cabrol parecía realmente complacido.

—Una propuesta brillante —dijo—. Sarthe no puede combatir contra esta alianza de fuerzas. Ni se atreverá a intentarlo.

Hasta lady Alleyne lo había aceptado de buena gana. Después de todo, Antonetta estaba comprometida; *Liorada* ya no tenía esperanzas de casarla con Conor. Había abandonado el sueño de que su hija llegara a formar parte de la realeza y aceptado que, probablemente, solo sería rica, muy rica.

Kel había tenido la ligera esperanza de ver a Antonetta en la reunión, pero no estaba. Casi no la había visto desde que se había anunciado su compromiso, solo una semana después de los asesinatos en la Galería Brillante. Ella no había ido a Palacio para nada, y cuando habían coincidido en la Casa Cabrol una noche, ella se había limitado a lucir una gran sonrisa y decir que la boda requería muchísimos preparativos. Estaba mucho más ocupada de lo que había imaginado, ¿creía él que sería un problema tener rosas rosas en el altar? Porque esas

eran sus favoritas, pero en el lenguaje castellaní de las flores, sugerían inconstancia en los afectos.

Kel había conseguido alejarse justo antes de decir nada indebido. Aún podía recordar a Antonetta, unos meses atrás, suplicándole que hiciera algo por impedir ese matrimonio, pero en aquella ocasión él llevaba su talismán. Ella había creído que hablaba con Conor. Eso significaba que Kel no tenía por qué saber que ella, en un principio, no había deseado ese matrimonio; no podía mencionarlo sin traicionar sus votos de Guardián de Espadas.

De pronto, notó que necesitaba salir de la Cámara de la Esfera y respirar aire fresco. Con la reunión concluida, varios de los titulares de los fueros se agolpaban alrededor de Conor reclamando su atención. Entre todos aquellos hombres, Kel solo podía ver el destello brillante de su capa de terciopelo rojo y el fulgor del rubí en su corona.

Un movimiento cerca de la puerta llamó su atención. Se trataba del legado Jolivet, jefe de la Guardia Real. El pelo parecía habérsele encanecido más desde el día de la Galería Brillante y su perfil resultaba todavía más anguloso y semejante al de un halcón. No había dicho gran cosa durante la reunión, aunque había estado completamente involucrado en cada decisión que el príncipe había tomado en los últimos meses.

En los caóticos días que siguieron al asesinato de la princesa sarthiana, junto con su guardaespaldas y sus embajadores, Marivent había aguardado, ansioso, noticias de Sarthe. Para mostrar buena fe, Jolivet había sugerido enviar inmediatamente un mensaje a Sarthe explicando lo sucedido. Había remarcado que debía hacerse contando toda la verdad; el relato de lo ocurrido pronto se extendería como la pólvora, y el rey de Aquila descubriría cualquier mentira. La única falsedad no se había hallado en las palabras, sino en fingir que había sido el propio rey quien había escrito el mensaje. Conor lo había hecho y había firmado con el nombre de su padre.

Cuando llegó la respuesta, fue breve y fría. Desde su palacio en Aquila, el rey Leandro d'Eon escribió que Sarthe había mandado a su princesa de buena fe. La calamidad que le había acae-

cido en Marivent era responsabilidad de Castelana. Para evitar la guerra, debían pagar como acto de desagravio.

Dio una cifra de un millón de coronas. Hasta la expresión de Mayesh había cambiado ante tal número.

—No puede hablar en serio —había dicho—. Se podría vender Castelana entera y no recaudar esa cifra. Ningún país, excepto quizá Kutani, podría entregar esa cantidad y sobrevivir.

—D'Eon está diciendo que quiere la guerra —había dicho Conor cansado—. Nos ofrece una salida, pero no es una oferta real.

—Ni una solución real —había añadido Jolivet. Había mirado a todos los que estaban en la sala, con su eterna expresión imperturbable—. No pagaremos. Encontraremos otra vía.

Y así lo habían hecho, aunque Jolivet no parecía muy entusiasmado con el aparente éxito del plan. Hizo un gesto con la cabeza a Kel, indicándole que lo siguiera, y salió de la sala.

Kel se escabulló entre la multitud. Fuera de la Torre de la Estrella, se encontró con un mediodía caluroso y brillante. Una bruma colgaba sobre la ciudad y se extendía bajo la Colina, convirtiendo el océano en una distante mancha verde.

Encontró a Jolivet apostado a la sombra del muro que rodeaba el jardín de la reina. Mostraba una expresión inescrutable, junto con su Anillo del León y el cordón de oro en su uniforme.

—Supongo que llevaréis la noticia de esta reunión a la mansión —dijo Jolivet en voz baja cuando Kel se le acercó.

—No veo motivo para ocultarlo —contestó Kel—. La ciudad lo sabrá pronto, y el Rey Trapero antes que cualquier otro.

Jolivet gruñó y cruzó los brazos.

—Supongo que vos y vuestros amigos no habéis hecho más avances.

Kel reprimió una réplica enfadada. De toda la gente de Castelana, sin duda él no habría elegido al legado Jolivet para ser el único fuera de la Mansión Negra que supiera su secreto. Pero no había podido elegir. Jolivet casi lo había obligado a aliarse con el Rey Trapero, con la esperanza de encontrar al que había organizado los asesinatos de la Galería Brillante.

Kel pertenecía a Palacio; era propiedad de Palacio. Si Jolivet le ordenaba hacer algo, hubiera sido una pequeña insurrección no hacerlo. Podría haber acudido a Conor, pero en su fuero interno estaba de acuerdo con el legado. Quien hubiera realizado el ataque a la galería tenía un objetivo más importante que los visitantes sarthianos.

Kel había seguido a uno de los asesinos hasta el exterior de la galería, y lo había acorralado en el tejado. Recordaba bien lo que la persona vestida de negro, con la cara y el cuerpo completamente cubiertos —por lo que su identidad resultaba imposible de suponer—, le había susurrado mientras él permanecía, incrédulo, con la espada en la mano.

«Estáis contemplando la antesala de la historia, Guardián de Espadas. Pues este es el inicio de la caída de la Casa Aurelian».

Conor era el único hijo de un rey que, a su vez, era el único superviviente de tres hermanos. Si el linaje Aurelian iba a caer, eso implicaba la muerte de Conor. Y Kel había jurado impedir dicha muerte. Incluso si eso significaba seguir las órdenes de Jolivet de mantener en secreto sus actividades. O unir fuerzas con el Rey Trapero, el principal criminal de Castelana, el Caballero Muerte.

—El avance es lento —repuso Kel—. Estamos persiguiendo fantasmas. Nadie parece saber nada sobre los atacantes. Unos treinta hombres murieron aquella noche, pero no ha habido rumores sobre nadie desaparecido. Y el Rey Trapero tiene acceso a muchos rumores.

Jolivet gruñó de nuevo.

—Las cosas no suceden sin previo aviso —dijo Jolivet—. Pero ese aviso puede tener una forma distinta de la que os esperáis. Cualquier cosa inusual o extraña en la ciudad debe tenerse en cuenta. —Miró hacia la puerta de la torre; Ciprian Cabrol, Joss Falconet y Lupin Montfaucon habían salido y se dirigían hacia ellos por el sendero de grava, cuchicheando.

—Cabrol —murmuró Jolivet con su voz grave—, ¿qué pensáis de él?

Kel dudó un momento antes de responder, y observó a los tres hombres mientras se acercaban lentamente. Recortados

contra la blanca silueta de las torres de Marivent, parecían pájaros de plumaje brillante. Montfaucon iba elegantemente vestido, como siempre, con pantalones y un jubón de un amarillo brillante similar al de un mirlo dorado. Joss llevaba un traje color escarlata, adornado con un bordado de serpientes cobrizas. A su lado, Cabrol era el más sobrio de los tres, con un atuendo gris oscuro, aunque su túnica tenía un forro azul martinete que se vislumbraba cuando las mangas se movían al gesticular.

—Es difícil confiar en él —contestó Kel en voz baja—, después de ver cómo ganó el fuero del tinte.

Hasta hacía tres meses, el fuero del tinte de Castelana había pertenecido a la familia Roverge, cuyo hijo, Charlon, había sido uno de los amigos íntimos de Conor, junto con Joss y Lupin. La noche de la matanza de la Galería Brillante, toda la flota Roverge había ardido en el puerto, llevándose consigo la fortuna de la familia. En cuestión de días, habían dejado la Colina solo con unas pocas pertenencias; el resto de lo que poseían iba a ser vendido para pagar sus enormes deudas. El fuero pertenecía a la corona y al Consejo, y le fue entregado a una familia elegida por Cazalet (y aprobada por el rey, en teoría, aunque, en realidad, por Conor): los Cabrol, unos prominentes mercaderes de tinte de la ciudad.

Era una familia de tres miembros: Ciprian, el hijo mayor; Beatris, su hermana, y la anciana madre, a la que nadie había visto mucho desde el traspaso de poderes. Ciprian era arrogante y apuesto, y parecía no haber tenido dudas de que le entregarían las riendas de uno de los fueros más rentables de Castelana.

Y quizá hubiera tenido una razón para esa seguridad. Tras hablar con Lin sobre la flota destruida, Kel había acorralado a Mayesh en la Torre Norte.

—Todos sabemos que la familia Cabrol hizo arder las embarcaciones de los Roverge, ¿verdad?

—Oh, sí —había contestado Mayesh. Estaba estudiando un mapa de Sarthe cubierto de tachuelas de diferentes colores, aunque Kel no pudo entender cuál era el código—. Es un secreto a voces, Kellian.

—¿Y no se va a hacer nada?

—La familia Roverge tenía muchos enemigos. —Mayesh movió una tachuela—. Amenazaban e intimidaban a cualquiera que considerasen un rival; la familia Cabrol solo fue su víctima más reciente, y la primera en vengarse. Probablemente, su comportamiento los habría llevado al Truco si se hubiera tratado de cualquier otra familia. Muchos en la Colina y entre los gremios de mercaderes consideran que Benedict se lo había buscado. —Miró a Kel con curiosidad—. ¿Cómo creáis que cambiaban de manos los fueros?

—No así —había respondido Kel. Había pensado en el puerto en la noche del incendio, en el mar lleno de tinte, en las olas que rompían en una espuma amarilla y escarlata, turquesa y violeta. Luego, durante días, el humo había flotado sobre Castelana, convirtiendo las puestas de sol en cuadros de rojo vino y dorado. Un estandarte de la victoria para los Cabrol—. Puede que ahora tengan el poder, pero la forma en la que lo consiguieron acabará importando. Siempre es así, a largo plazo.

Mayesh había sonreído levemente al escucharlo.

—Una observación muy astuta, Kel. Habéis identificado una razón por la que los nobles no están constantemente estallando los barcos de los unos y los otros para adueñarse de los fueros.

—¿Hay otra razón?

—La dinamita es cara —había contestado Mayesh, riendo entre dientes, y había vuelto a su mapa.

—¡Anjuman! —llamó Joss. Exhibía su fácil y perezosa sonrisa habitual—. Supongo que ya habías oído la gran noticia de Conor, ¿no? No me extraña que parecieras medio dormido durante la reunión. No era nada nuevo para ti.

Kel tomó nota de que tenía que ajustar su expresión facial de «escucho relajado pero con interés». Resultaba evidente que la actual no había transmitido lo que quería transmitir.

—Ya la sabía, sí. No ha sido una decisión fácil para Conor. Ha estado dándole muchas vueltas.

—Sin duda —dijo Montfaucon con una risita. El amarillo de su traje era casi demasiado brillante en contraste con su

piel oscura—. Logró escapar por los pelos de los grilletes del matrimonio una vez. Y ahora vuelve voluntariamente a la prisión.

—Conor no suele hacer las cosas sin motivo —observó Joss—. Diría que está volviendo a esa prisión con paso firme y un propósito claro. —Se volvió hacia Jolivet—. ¿Estáis de acuerdo, legado?

Jolivet murmuró algo sobre la necesidad de pasar revista a sus tropas y se escabulló.

Cabrol lo observó irse con una ceja levantada.

—Un tipo encantador —comentó irónico. Su color era poco común: ojos oscuros y cabello del color de las tejas rojas de Castelana—. Los soldados suelen ser buena compañía en las tabernas, pero diría que el legado es una excepción.

—Los soldados pueden ser una buena compañía cuando no están de servicio —repuso Kel, preguntándose por qué estaba a punto de defender a Jolivet, pero incapaz de evitarlo—. Aunque supongo que Jolivet nunca está fuera de servicio.

Ahora fue Kel quien recibió la ceja levantada de Cabrol.

—Supongo que es cierto. Desde luego, no puede dudarse de su lealtad a la ciudad o a la corona. O de la de Conor —añadió—. Es evidente que se casa por el bien de Castelana. Y se asegurará de ganarse la gratitud del pueblo por ello. Incluso de los que vivimos en la Colina.

Su voz era suave y su tono ligero. Kel no se lo creyó ni por un segundo.

—Gratitud. —Con un gesto de la mano, Montfaucon desdenó el concepto como si fuera aburrido—. Escucha, Anjuman, esta noche doy una pequeña fiesta en el Caravel. El licor y los relojes de arena van de mi cuenta. Trae a nuestro joven príncipe contigo. Necesita un poco de diversión.

—Desde luego, y no tiene mucho tiempo para ello —repuso Joss, riendo—. Además ha estado dejándose la piel desde... —Se interrumpió, un poco incómodo, lo que era raro en Joss. Pocas veces se sentía incómodo—. Bueno, en los últimos meses. Merece divertirse un poco.

—Le diré lo de esta noche, Lupin —aseguró Kel.

Se dio cuenta de que no podía recordar la última vez que

Conor había ido a las casas de placer del distrito del Templo... con sus amigos o sin ellos.

Montfaucon le señaló con un dedo enguantado en blanco.

—Dile que es importante —puntualizó—. Hay alguien a quien quiero que conozca.

Joss, que había recobrado la compostura, le dio unas palmaditas en la espalda a Montfaucon.

—Montfaucon está encandilado con un nuevo amante —dijo—. Y ha sido muy reservado al respecto. No nos ha dicho ni su nombre.

Montfaucon se encogió de hombros, aunque se lo veía muy ufano.

—Ya te lo he explicado, responde al nombre de Arena. La Serpiente Gris.

Cabrol rio y dijo algo sobre la imposibilidad de que Montfaucon, en la cumbre de la pasión, fuera a llamar a su amante «la Serpiente Gris», pero Kel apenas lo oyó. Demasiado sorprendido para hablar, se quedó parado en el sitio, inmóvil, con la vista perdida en el pasado.